



la Iglesia en el mundo de hoy

CARTA CRISTIANA DEL ARZOBISPO DE MADRID

«LA DESAPARICION DE LA CENSURA NO HA SIGNIFICADO UN DESCENSO DE LA CORRUPCION»

Bajo el título de «Libertad desenfundada» dedica esta semana el cardenal Tarancón su habitual «Carta cristiana» al estallido de críticas, calumnias y destape de intimidades que respira el país. Los párrafos más significativos de la carta son los siguientes:

El agua embalsada salta con fuerza avasalladora cuando se rompe el dique que la contenía. Salida de madre, el agua, elemento insustituible para el hombre y para la tierra, se convierte en causa de inundaciones, de ruinas, hasta de muerte.

¿Será esto lo que acontece ahora en nuestro pueblo cuando al iniciarse el proceso democrático han creído algunos que se rompía el dique que represaba determinadas libertades?

Existía la censura, más o menos severa, según los tiempos, pero que frenaba, ciertamente, muchas iniciativas y que prohibía ciertas inmoralidades públicas, aunque no se metía con las grandes inmoralidades que podía crear en algunos ambientes un clima de corrupción.

La desaparición de la censura no ha significado un mejoramiento, al menos visible, de la corrupción, pero ha abierto todas las compuertas para que inunden el mercado español y se manifiesten en la calle las intimidades que resultan vergonzosas cuando pierden su intimidad y las más excitantes escenas que necesariamente han de conturbar a los niños y adolescentes que no pueden defenderse de ellas.

Existía una autoridad fuerte que procuraba reprimir, quizá, algunas veces, con dureza los atentados contra las personas o los bienes, el desorden social, la violencia, etc.

Para no recordar en lo más mínimo aquella *autoridad represiva* —parece éste a muchos el mayor pecado contra la democracia— se ensayan todos los procedimien-

tos propios de una autoridad débil, miedo-sa, vacilante que es propicia para que se cometan los mayores desafueros. Con la particularidad —que manifiesta un síntoma gravísimo— que da la impresión de que se defienden los excesos y las violencias, como secuelas de la libertad, y siempre se disculpa a los transgresores, cargando todo el peso de la crítica sobre los que tienen el deber de evitar la transgresión.

El afán de revancha, la acusación desahogada y hasta la calumnia, la falta de respeto a la vida personal e íntima, la crítica de las «intenciones», etc., se manifiestan también de una manera exagerada que supone un desprecio a las leyes elementales de la convivencia y del respeto a los demás.

Y lo peor, a mi juicio, es que todas esas cosas se defienden como derechos de la democracia y manifestación de la libertad. No se dan cuenta que la democracia, precisamente porque respeta más las libertades individuales y de grupo, y da a todos participación en la acción política, exige una madurez de juicio, una moderación de conducta y un respeto mutuo que han de estar en la base de la misma para que sea una auténtica democracia.